

— Está muy bien marqués, os sigo.

En efecto, eran las cuatro, hora de la comedia. Había que pensar en separarse. Las damas se hicieron traer sus abrigos y se pusieron un antifaz para salir, según era costumbre.

De este modo, poco más ó menos, puede uno figurarse cómo entretenían sus ocios los primeros salones del preciosismo, ó mejor dicho, los primeros salones, porque su creación fué obra de las preciosas. Ellas inventaron la vida elegante; por lo tanto haríamos muy mal en no agradecerlo.

Parece muy verosímil que si las preciosas, tan celebradas y tan murmuradas, resistieron y sobrevivieron á pesar de la autoridad, la perseverancia y la importancia de los ataques, es porque no todo se reducía á juego y diversión en sus propósitos, sino porque sus ambiciones respondieron ya á necesidades, ya á inclinaciones de nuestro espíritu nacional.

El fin del reinado de Enrique IV se distinguió en la corte por ciertos groseros desórdenes que debían herir la delicadeza de las mujeres celosas de su dignidad. L'Estoille no señala en esta época sino « desenfreno, bailes, locuras, escándalos, duelos y otros vicios ó impiedades ». ¿Cuál podía ser la moralidad de una corte de la que dice Bassompierre: « Todos los grandes personajes tienen algunos flacos que les quitan la calidad de perfectos »? En cuanto á las damas, comprendiendo que para llegar á su objeto tenían que acomodarse al tono corriente, no vacilaron. « Las damas, dice Bussy-Rabutin, al ver que no hubieran hecho caso de ellas si no hubieran dado los primeros pasos ó por lo menos si se hubieran mostrado crueles, se mostraban muy atrevidas, y algunas, desvergonzadas<sup>1</sup>. »

Por otra parte era fatal que las mujeres de la buena sociedad y los literatos, reunidos en un salón para hablar, tuviesen como principal asunto de conversación la literatura. Aun hoy día, en que la moda de los salones y de los días de recepción se ha extendido mucho más considerablemente que en el siglo xvii, y hasta á los hogares más modestos, después de hablar del tiempo y de las relaciones comunes, no dejan de salir á colación la novela en boga ó las piezas de teatro.

La literatura de que se hablaba y que se hacía en la Cámara Azul estaba sometida á las influencias, entonces bien determinadas, de Italia y de España.

España se había apoderado del gusto público. Enrique IV había arrojado á los españoles, pero no había destruido su boga, y más tarde tuvo que decidirse á aprender él mismo su lengua con Antonio Pérez.

La imitación, el culto del Culteranismo de Góngora y del jesuita

1. Compárese este cuadro de costumbres con la austera severidad de la corte española por la misma época (N. del T.).

Gracián introdujeron entre nosotros los procedimientos del estilo culto, agravado por el mismo Antonio Pérez, que á su regreso de Inglaterra puso de moda el eufuismo de John Lilly<sup>1</sup>. Por otra parte, María de Médicis había llamado de Italia á Marini, el autor de *Adonis*, el campeón inimitable de aquellos acrobatismos de la pluma, de aquellos giros alamabicanos, rebuscados y preciosos á que se daba el nombre de *concetti*.

Aquel eufuismo, aquel rebuscamiento y delicadeza exagerada y amanerada, — más aún que el énfasis castellano, que no pasó de la puerta, — fué lo que más divirtió á los preciosos, á manera de protesta y de contraste con el proceder ignorante y mal educado de aquellos cortesanos brutales y materiales. La distinción fué el primer cuidado y la razón de ser del preciosismo naciente, que en un principio se mostró bastante prudente para no incurrir en exageraciones.

El preciosismo en el siglo diecisiete tuvo dos épocas: de 1612 á 1630, es decir el reinado de las preciosas de la Cámara Azul, en el hotel de Rambouillet.

De 1630 á 1640, el « redondel » se traladó al salón de Julia de Agennes, y luego á casa de Madama de Sablé.

De 1640 á 1660, están las preciosas en casa de la señorita de Scudéry, donde Molière las acechaba.

La Marquesa de Rambouillet, primera dama que abrió un salón literario, merece toda clase de consideraciones.

Tenia ingenio natural, con algo de afectación (véase su carta á Godeau acerca de la Logia de Zirfea), gran cultura, severidad de costumbres y una cortesanía muy afable. Puso de nuevo de moda la galantería caballeresca y defendió la causa del respeto á la mujer. Esto bien vale un recuerdo y un saludo.

En su casa reinaba la preocupación en todos de mostrarse distinguidos y superiores, deferentes y respetuosos, de desterrar la trivialidad burguesa, las bromas de carácter grosero, el tono poco conveniente de las pequeñas cenas, y de pensar que también había un pudor para el lenguaje.

Propúsose un ideal de nobleza y de delicadeza. Impuso la obligación y el cuidado de decirlo todo con ingeniosa decencia que no obligase á nadie á ruborizarse.

Chapelain hacía de este salón la siguiente pintura:

Nada merece fijar tanto vuestra curiosidad como el hotel de Rambouillet. No se habla allí sabiamente, sino de un modo razonable y no hay lugar en el mundo donde abunde más el buen sentido, ni donde haya menos pedan-

1. Como se ve, contra lo afirmado por el Sr. Fitzmaurice Kelly, no sólo influyó Antonio Pérez en el *Preciosismo* (y no *preciosidad* como dicen algunos traductores) sino que introdujo también el *eufuismo* inglés (N. del T.).

terfa. Y digo pedantería, Monseñor, porque pretendo que reina en la corte lo mismo que en las universidades y lo mismo entre las mujeres que entre los hombres.

Á este propósito censuraba á cierta vizcondesa de Ochy, que tenía en su casa una academia de mujeres resueltamente pedantes:

El Hotel de Rambouillet es el antípoda del hotel de Ochy, y el sitio en que vuestra virtud puede ocupar un puesto que le sea más agradable, como estoy seguro de que lo confesaréis cuando estéis entre nosotros y hayáis hecho algunas visitas. Por de pronto en él sois honrado, estimado y querido, y se os tiene presente, recordando de continuo vuestro mérito.

El elogio de Chapelain fué merecido. La marquesa fué estimada, honrada y amada de todos; pudo gozar de la influencia que le valió su iniciativa feliz y fecunda, y puede decirse que, en su esfera, reformó la sociedad. Había conservado en la vejez su carácter agradable y afectuoso, y Tallemant declara, con bastante irreverencia á lo Sganarelle, que murió á los setenta y ocho años, « sin tener nada de repugnante ».

En su hija Julia, la distinción fué algo exagerada; la mujer de mundo se convirtió en literata; Julia respondió á las misivas de Voiture y á veces en lenguaje antiguo. Entonces se planteó el problema del feminismo con todas sus exigencias y consecuencias, siendo una de las principales la independencia de la mujer en materia de amor y en los asuntos de corazón, así como el desdén del matrimonio por lo que tiene de sujeción.

En casa de Madama de Sablé, el amor fué una casuística civil y amanerada, que disimulaba con coquetería el temor de la mujer á ceder y á plegarse en virtud de su debilidad, á abdicar de su libre albedrío, de su dignidad y de su voluntad, procurando al mismo tiempo convertir ingeniosamente esta inferioridad en ventaja. Todas las teorías del preciosismo en materia de amor han tendido á libertar á la mujer, á hacerla dueña de sí misma, á reservar la « servidumbre » para el varón, á convertir esta tendencia en poder y en supremacía y á no renunciar á ellas, cosa que hubiera hecho ilusorio su triunfo.

Obsérvese en todo esto que no hay motivo de risa y que este feminismo aristocrático y mundano no tiene nada que deba admirarnos, acostumbrados como estamos, desde hace largo tiempo, á reivindicaciones más precisas aunque menos preciosas<sup>1</sup>.

En el curso de la historia del preciosismo, — que continúa hasta el

1. En esto del culto y del respeto á la mujer, principal objetivo de las Preciosas, tuvo seguramente mucha parte la imitación española. Recuérdese que nuestro teatro clásico es una escuela de galantería y que, como ha dicho uno de nuestros poetas:

Es honrar á las mujeres  
Deuda á que obligados nacen  
Todos los hombres de bien. (N. del T.)

siglo xx, porque es la historia de la sociedad mundana, — no hay más que un eclipse, un período de abusos desdichados y ridículos, durante los quince años en que la Srta. de Scudéry hizo hablar de sí. Los historiadores han hecho mal en confundir los juicios que deben recaer sobre *Clelia*, con los que mereció el preciosismo en sí mismo, y por consiguiente en haber asimilado á la Srta. de Scudéry con la marquesa de Rambouillet, primero, y después con mujeres distinguidas tales como la marquesa de Lambert, Madama Geoffrin, Madama de Staël y con todas las que tuvieron salones literarios y que saludan como su antecesora á la célebre marquesa.

Esto es reducir á muy estrechos límites la cuestión y falsearla. ¿Qué nos importa que la Srta. de Scudéry orientase el preciosismo hacia la estrechez, la mezquindad, la afectación, y el exceso amanerado de la distinción? ¿Qué significan veinte años en un siglo, y por qué ha de bastar un solo nombre para eclipsar á los demás? ¿Que vengan hoy un Boileau, ó un Molière, á saquear y demoler las páginas conceptuosas de un Mallarmé, de un René Ghil ó de un Arturo Rimbaud! ¿Qué pueden pesar esos nombres en la historia literaria de nuestro tiempo? ¿Podrá impedir la sátira el que jamás se haya mostrado nuestra lengua tan flexible, tan rica como en nuestros días, y el que sea la nuestra una hermosa y aventajada época en la historia del léxico?

Cada día vemos ejemplos análogos. En nuestro tiempo, y so pretexto de renovar, de enriquecer y rejuvenecer el vocabulario, tenemos autores que, hablando griego y latín en francés, rivalizan con el escolar lemosín y escriben en un estilo tal que al fin del volumen sería muy útil un índice.

¿Hemos de censurarlos? Su juvenil abundancia pasará por la criba de los años y del buen gusto; la lengua les deberá algunos giros nuevos, algunas expresiones inusitadas, que darán mayor facilidad para expresar con más exactitud ideas modernas mal definidas por las palabras antiguas. Así es como las lenguas adquieren flexibilidad, progresan y van aplicando las sinuosidades de su progreso á las curvas que describe la historia, se adaptan á las edades venideras y manifiestan la persistencia de su vitalidad y de su vigor por medio del movimiento.

Entre las preciosas, permanecían inquebrantables, á través de estas transformaciones, el buen gusto, el buen tono, la nobleza y distinción del ingenio, la bella y elevada literatura, así como el odio á todo lo crudo, trivial, prosaico y burgués: ni Boileau ni Molière, dos buenos burgueses de la Cité, eran capaces de comprender semejante revolución. Atacaron los excesos sin sospechar siquiera el mérito de aquel movimiento, y el verdadero preciosismo no se resintió siquiera de su inútil hostilidad. Las preciosas han prestado excelentes servicios. Sus

ocupaciones y preocupaciones tuvieron por de pronto tres objetivos principales: los sentimientos, la expresión y la educación de las mujeres.

Si cada uno de estos puntos puede dar materia á burlas, no dede negarse que, en su esencia, siguen preocupándonos igualmente y que, en más de un punto, el porvenir no podía hacer más que aprobar y realizar lo que las preciosas ambicionaban.

Su cuidado constante y duradero es la sujeción del hombre y el dominio de la mujer, cuyo primer deber consiste en dominar y dirigir sus sentimientos y no en dejarse dominar por ellos, y en no comprometer en el amor sino la cabeza y el ingenio, á fin de dominar todas las situaciones y no caer nunca en la dependencia y en la esclavitud.

La galantería metafísica es la rebelión de la mujer, la proclamación del feminismo naciente y no sólo de la igualdad de los sexos, sino de la superioridad del femenino.

De esta suerte, la dama se sustrae al dominio del hombre y le retiene á su vez prisionero. En estas páginas sólo se trata del poderío de las mujeres, de su gloria y de sus conquistas. No se trata de que amen, sino de que sean amadas, aduladas, servidas y honradas, y la galantería sube como un incienso servil en torno de la divinidad que ha cuidado ella misma de erigir y adornar su trono.

Es preciso que todos los hombres se muestren enamorados y que todas las mujeres sean amadas. No debe haber ningún insensible entre nosotros; se reprocha esta dureza de corazón como un crimen á los que son capaces de ella, y semejante libertad es tan vergonzosa que los que no están enteramente enamorados, hacen por lo menos como lo están. En cuanto á las damas, la costumbre no las obliga necesariamente á amar, sino á permitir que las amen, y toda su gloria consiste en hacer ilustres conquistas y en no perder á los amantes que han conquistado, aunque se muestren con ellos rigurosas, porque la mayor honra de estas hermosas consiste en retener bajo su obediencia á los que han hecho sus esclavos, únicamente merced al poder de sus encantos, y no á sus favores; de suerte que esta costumbre impone casi por ignal la necesidad de ser amante y desgraciado.

Hay que amar. Es un deber, una contribución, un diezmo, como se decía, un homenaje, una servidumbre feudal.

Esta concepción reformaba la naturaleza, que es la protección del varón y del fuerte, extendida sobre la debilidad tímida, pasiva y sumisa de la mujer.

Entrábase en el terreno de lo facticio y lo condicional, en el amor teórico, arreglado por una sociedad que había combinado y estipulado por sí misma su contrato social. De aquí los caprichos y los entretenimientos á que se entregó, siendo el más célebre el llamado Mapa del

Amor<sup>1</sup> hecho primero por Chapelain y después por la Srta. de Scudéry.

Quedamos muy admirados cuando Herminio, después de haber visto lo que Clelia le acababa de enviar, nos hizo ver que era efectivamente un mapa dibujado por su mano, que enseñaba por dónde se podía ir desde Nueva Amistad al país del Amor, y que se parece de tal suerte á un mapa verdadero, que hay en él montañas, un lago, ríos, ciudades y aldeas.

Para ir de Nueva Amistad al país del Amor, hay que partir de la primera ciudad, que se halla al pie de dicho mapa, para llegar á las demás, porque, á fin de que comprendáis mejor el dibujo de Clelia, veréis que ha imaginado que se puede sentir amor por tres causas diferentes, por una grande estimación, por agradecimiento ó por inclinación, y esto la ha obligado á situar estas tres ciudades del Amor á orillas de tres ríos que llevan dichos nombres y á trazar de esta suerte tres caminos diferentes para llegar á ellas, de tal suerte que, así como se dice Cumas en la costa del mar Jonio y Cumas en la costa del mar Tirreno, debe decirse igualmente Amor de inclinación, Amor de Estima y Amor de Agradecimiento. Sin embargo, como supone que el amor de inclinación no necesita otra cosa para ser lo que es, Clelia no ha situado ninguna otra aldea á orillas del citado río, cuyo curso es tan rápido que no hay que pararse en las orillas para ir desde Nueva Amistad al Amor. Pero para ir á Amor de Estima no sucede lo mismo, porque Clelia ha situado ingeniosamente tantos lugares como existen cosas grandes y pequeñas, susceptibles de dar lugar á este amor. En efecto, como véis, de Nueva Amistad se pasa á un lugar que se llama Gran Inteligencia, porque de aquí nace generalmente la estima. Además podéis ver todas esas agradables aldeas de los lindos versos de los Billetes Galantes y de las Cartas Amorosas, que son las ocupaciones ordinarias de la Gran Inteligencia á los principios de la Amistad. Después, para ir más de prisa por este camino, encontráis á Sinceridad, Gran Corazón, Probidad, Generosidad, Respeto, Exactitud y Bondad, que está lindando con amor, para dar á conocer que no puede haber verdadera estima sin bondad, y que no es posible llegar á Amor sino por ese lado. Después de esto hay necesidad de volver á Nueva Amistad, para ver por qué camino se va á Amor de Agradecimiento. Ved pues, os lo suplico, cómo hay que ir primeramente de Nueva Amistad á Complacencia y en seguida á esa aldea que se llama Sumisión y que está tocando á esa otra, muy agradable, que se llama Obsequiosidad. Fijáos en que, desde allí hay que pasar por Asiduidad, á fin de dar á entender que no es suficiente mostrarse obsequioso y fino algunos días, sino que hay que serlo asiduamente, para engendrar agradecimiento. Ved además que hay que pasar por otra aldea que se llama Atención amorosa y no hagáis como ciertas personas tranquilas que, por mucho que se les ruegue, no salen un momento de su paso y son incapaces de tener esa atención y ese afán que á tanto nos obliga á veces. Después de esto veréis que hay que pasar por Grandes Favores, aldea más pequeña que las demás, para demostrar que hay pocas personas capaces de hacerlos. Hay que pasar igualmente por Sensibilidad, para dar á conocer que debemos sentir hasta las más pequeñas incomodidades de la persona amada. Después, para llegar á Amor, hay que pasar por Cariño, porque la

1. No faltan en la literatura española del siglo xvi y xvii ejemplos análogos de entretenimientos literarios. Recuérdese la más original de las obras de Boscán y la más agradable, la Alegoría que empieza con una magnífica descripción de la Corte del Amor (N. del T.).

amistad atrae la amistad. Inmediatamente hay que ir á *Obediencia*, no habiendo nada que más obligue al corazón de la persona obedecida que la obediencia ciega; y por último, para llegar á donde se desea, hay que pasar por *Constante amistad*, que es sin duda el camino más seguro para llegar á *Amor de Agradecimiento*. Pero como no hay camino en que no pueda uno extraviarse, ha hecho Clelia, como podéis verlo, que si los que se hallan en *Nueva Amistad*, toman un poco más á la derecha ó un poco más á la izquierda, se extravíen igualmente, porque si, á partir de *Gran Inteligencia* se llega á *Negligencia* que está muy cerca, y siguiendo extraviados se va á *Desigualdad*, de allí á *Tibieza* y por último á *Ligereza* y á *Olvido*, en lugar de llegar á *Amor de Estima*, se iría á parar al *Lago de Indiferencia*, que está separado en el mapa y cuyas aguas tranquilas justifican seguramente el nombre que tienen. Por el otro lado, si, al partir de *Nueva Amistad*, se toma más á la izquierda y se llega á *Indiscreción*, á *Perfidia*, á *Orgullo*, á *Maledicencia* ó á *Maldad*, en lugar de hallarse en *Amor de Agradecimiento*, se hallaría uno en el golfo de la *Enemistad* en el que naufragan todos los barcos.

De esta suerte hace ver Clelia, por medio de estos diferentes caminos, que hay que poseer mil excelentes cualidades para obligar á uno á profesar tierna amistad, y que los que las tienen malas sólo pueden llegar al odio y á la indiferencia. De este modo esta prudente doncella, queriendo dar á conocer que no había tenido nunca amor y que no tendría jamás en el corazón sino cariño, hace que el río de la *Inclinación* vierta sus aguas en el llamado *Mar Peligroso*, porque en efecto, lo es mucho para una mujer que quiera pasar más allá de los límites de la amistad.

Ella no pasó jamás de estos límites; fué siempre teórica más que práctica en materia de amor. Era fea y soltera; Furetière la llamaba la virgen del Marais y decía de ella que se había limitado á crear un mundo, dejando á los demás el cuidado de poblarlo.

La Srta. de Scudéry nació en el Havre (1607 á 1701), en tiempo de Enrique IV.

Su padre era provenzal, pero ella dejó á su hermano Jorge toda la exuberancia meridional, y se mostró más normanda que marsellesa, discutiendo, embrollando y defendiendo con pasión sus ideas y sus convicciones. Había recibido una educación muy esmerada: sabía latín, sabía hacer dulces y conocía la anatomía, lo cual no es poco. La naturaleza no la había favorecido mucho, pues Tallemant nos la representa como una mujer flaca, negruzca y alta, con rostro muy largo, y la Sra. Cornuel decía que había nacido para emborronar papel, porque sudaba tinta por todos los poros, lo que quiere decir, en términos más amables, que era muy morena.

Á la muerte de su tío y tutor, llamóla á París su hermano Jorge, que había conseguido algunos triunfos en el teatro, y ella también los consiguió en la novela. No fué la ridícula pedante que todos se figuran, y hay, en sus *Conversaciones*, páginas sensatas y muy dignas de leerse, sobre la educación de las jóvenes, que en su tiempo era nula.

Tenía sesenta años cuando apareció Boileau, que no la conoció en el

brillo de su mejor período, cuando daba la nota del buen tono á aquella sociedad demasiado pulida.

Trabajó en la redacción del *Código amoroso* y de la legislación sentimental, que estuvieron entonces muy de moda.

Se redactó la teoría de aquel amor convenido y arreglado como un impuesto de guerra ó una patente, y Molière no inventa nada cuando dice:

En primer lugar el amante debe ver en el templo ó en el paseo, ó en alguna ceremonia pública á la persona de quien se enamora, ó bien ser conducido fatalmente á su casa por un pariente ó un amigo y salir de allí enteramente trastornado y melancólico. Oculta algún tiempo su pasión al objeto amado; sin embargo le hace varias visitas en que nunca se deja de poner sobre el tapete una cuestión galante que ejercita los entendimientos de la Asamblea. Llega el día de la declaración, que debe hacerse generalmente en una alameda de algún jardín, mientras los demás se hallan algo lejos, y esta declaración debe provocar un rápido enojo muy parecido á nuestro rubor y que, por algún tiempo, destierra al amante de nuestra presencia. En seguida halla medio de calmarnos y de acostumbrarnos insensiblemente á oírle hablar de su pasión, así como de arrancarnos el consentimiento que tanto trabajo cuesta. Vienen luego las aventuras, los rivales que pretenden destruir el amor, las persecuciones de los padres, los celos inspirados por falsas apariencias, las quejas, las desesperaciones, los raptos y todo lo demás. He aquí cómo se tratan estos asuntos entre gente distinguida y, en buena galantería, nadie sería capaz de dispensarse de todas estas reglas. Pero ¡eso de venir á boca de jarro con la unión conyugal! Os repito, padre mío, que no hay nada más comercial que semejante procedimiento y me produce náuseas sólo el pensar en ello.

Lo que ha señalado con infinita exactitud es la purificación, el idealismo del amor, tal como lo entendían las preciosas. Precisamente ha restaurado el debate entre la materia y el espíritu, entre la naturaleza y la sociedad culta. Oigamos si no á Armanda:

Et pour nourrir les feux que chez vous on produit,  
Il faut un mariage et tout ce qui s'ensuit.

Ah! quel étrange amour, et que les belles âmes

Sont bien loin de brûler de ces terrestres flammes!

Les sens n'ont point de part à toutes leurs ardeurs,

Et ce beau feu ne veut marier que les cœurs <sup>1</sup>.

Para alimentar la llama

Que en vos el amor enciende

Háceos falta el matrimonio

Con todos sus adherentes.

¡ Oh qué extraño amor el vuestro!

Esos ardores terrestres

En las almas elevadas

Incendio voraz no prenden.

Nunca en sus ardientes ansias

Parte los sentidos tienen.

De su amor la hermosa llama

Sólo unir las almas quiere.

Y más adelante dice:

On aime pour aimer, et non pour autre chose<sup>1</sup>.

Lo repetirá más tarde La Rochefoucauld: « Las mujeres aman el amor. »

Debe leerse toda la escena.

No hay en ella nada cómico, y si no está prohibido reirnos de ella, el hacerlo no sería ni poético ni galante.

Á la animalidad más ó menos disfrazada de las fieras con encajes, sucedía pues la adoración dócil y platónica; la mujer dejaba de ser objeto de goces brutales é inferiores, y se convertía en señora del reino que ella se había creado, condenando á los hombres á encorvarse bajo su yugo severo, á contentarse con amores platónicos y con floreos, delicado é inofensivo placer de que ambos eran inocentes cómplices y que era triunfo para la mujer, ilusión fugitiva para el adorador, y seguridad para ambos.

La causa del matrimonio sufrió bastante con ello, y Julia de Angennes dió un ejemplo excesivo de mortificación, imponiendo á su novio un noviazgo de quince años. Ella salió ganando el ser objeto de la más delicada atención y de la más ilustre galantería.

El día de su santo, 22 de mayo de 1541, recibió un pequeño volumen, maravillosamente encuadernado por Le Gascón; las poesías, todas inéditas, estaban firmadas por los más famosos poetas, y habían sido caligrafiadas por el célebre Jarry; cada una cantaba una flor, y llevaba enfrente la flor cantada en ella, pintada por el delicado pincel de Nicolás Robert.

Como dicha fiesta caía en época en que la tierra no produce bastantes flores, el duque de Montausier suplió la esterilidad de la estación con semejante guirnalda.

Trabajaron en formarla todos los poetas y no de los menos ilustres como Chapelain, Colletet, Godeau, Gombaud, Malleville, Montausier, Racán, y el mismo Pedro Corneille.

Esta galantería es muy significativa.

Nació algo con ella, y ese algo fué la cortesía, la deferencia con la mujer, que ascendió en categoría, y ganó en respeto todo lo que se le tributó en adoración platónica. Entonces aparecieron los Salones, esa institución tan francesa.

Ni la antigüedad, acostumbrada á la vida al aire libre en el ágora, ó en el foro, á la oriental, ni siquiera la edad media, que, con mucha frecuencia, sólo conoció del amor la parte grosera, pudieron imaginar que pudiesen reunirse los caballeros con mujeres de ingenio y cultura, que

1. Tenia sesenta años. Se ama por amar y no por otra cosa.

no fuesen hetairas y que no diesen á conocer los deseos de la Venus terrestre. Calcúlese cuanto ganó la condición de las damas con este comercio delicado y respetuoso, cuyos homenajes no eran menos ardientes, ni menos directos, pero que sabía amordazar á la naturaleza y hacer adorar á las damas con fervor refrenado y cortés. Merced á esto agigantábase la mujer y adquiría, ó prometía, otros encantos distintos de sus atractivos físicos, convirtiéndose en una persona intelectual y moral, capaz de vida interior y de belleza mental.

Una de las sátiras ó de las parodias más afortunadas, fué el diálogo de Boileau, los *Héroes de Novela*, en 1664, en que Platón convoca la reserva de sus tropas y de sus héroes para ahogar una rebelión en el infierno.

Como á los héroes de la antigüedad se substituyen los de las leyendas de la época, que llevan los mismos nombres, pero no tienen las mismas almas, Plutón experimenta extraña sorpresa al ver á Platón galante, á Bruto pisaverde, á Tomiris remilgada y á Clelia algo alocada.

PLUTÓN. — ¡ Qué loco! ; Qué loco! ; No vendrá al fin ninguna persona razonable?

DIÓGENES. — Váis á tener la mayor satisfacción, porque veo acercarse á la más ilustre de las damas romanas, la famosa Clelia, que pasó el Tíber á nado para huir del campamento de Pórsena, y de quien, como véis, está enamorado Horacio Cocles.

PLUTÓN. — Cien veces he admirado la audacia de esa doncella, en Tito Livio. Pero me temo mucho que Tito Livio haya exagerado. ¿ Qué te parece á ti, Diógenes?

DIÓGENES. — Oíd lo que ella misma os va á decir.

CLELIA. — ¿ Es cierto, sabio rey de los infiernos, que ha osado sublevarse contra Plutón, contra el virtuoso Plutón, un tropel de amotinados?

PLUTÓN. — ¡ Vamos! al fin hemos encontrado una persona razonable. Sí, hija mía, es cierto que los criminales han tomado las armas en el Tártaro, y que hemos enviado á buscar á los héroes de los Campos Elíseos y de otros lugares para que acudan en nuestro socorro.

CLELIA. — Pero dígame por favor, Señor, ¿ no piensan los rebeldes promover algunas turbulencias en el reino del Amor? Porque verdaderamente no podría consolarme si se hallasen apostados en la aldea de la *Obsequiosidad*. ¿ Se han apoderado acaso de *Cartas Amorosas* ó de *Billetes Galantes*?

PLUTÓN. — ¿ De qué país está hablando? No recuerdo haberlo visto nunca en el mapa.

DIÓGENES. — Es cierto que Tolomeo no habló nunca de él, pero de entonces acá se han hecho grandes descubrimientos. Además, ¿ no comprendéis que os habla del país de la galantería?

PLUTÓN. — Es un país que no conozco.

CLELIA. — En efecto, el ilustre Diógenes habla con mucha sensatez. Porque hay tres clases de Amor: Amor de Estima, Amor de Inclinación y Amor de Agradecimiento. Cuando se quiere llegar á Amor de estima, hay que pasar primero por la aldea de la Obsequiosidad, y...